



Gustavo Adolfo Bécquer

La calle de la Montera

La calle de la Montera de nuestros días, esa calle engalanada, coqueta y bulliciosa, centro podemos decirlo así, del comercio de Madrid era hace tres siglos más bien que calle, un lodazal en tiempo de invierno y un depósito de polvo y de inmundicias en verano.

La policía urbana era desconocida entonces, y porque un honrado vecino arrojase a la vía pública los desperdicios de su casa, no se le inquietaba con papel de multas ni cosa por el estilo.

¡Oh, hermosa calle de la Montera! Tres siglos hace que ni aun nombre tenías, y para dar de ello una ligera prueba diremos que procede el que llevas actualmente, de cierta hermosa dama, tan hermosa como... coqueta, mujer del montero mayor del rey.

Esta buena señora, cuyas aventuras galantes dieron asunto bastante para que el inspirado Serra escribiese una lindísima comedia, tenía escandalizado al buen pueblo de Madrid, extendiéndose su fama hasta muchas leguas en contorno de la coronada villa.

Y no se crea que estos escándalos deshonrasen al señor montero mayor: todo menos eso. La dama era, según opinión pública, honestísima, y ningún galán de los infinitos que la solicitaban podía vanagloriarse de haber obtenido de ella el favor más insignificante.

Todo lo más que sucedía era que la señora Montera se asomaba a sus

balcones tan luego como Dios ordenaba al sol que alumbrase la tierra, y entonces, a pretexto de cuidar de las flores de sus búcaros, arrojaba a la calle, así como al descuido, dos o tres de las marchitas.

Cuenta la crónica de donde tomamos estos apuntes, que por un clavel rojo y una maravilla jaspeada de blanco, se dieron de estocadas un marqués (la crónica calla el nombre) y un alférez de guardias amarillas, quedando este último bastante malherido, pues en aquel tiempo no eran sólo los militares los únicos diestros en el manejo de la espada.

Otras veces la celebrada dama, cuando iba o volvía de la iglesia, bajaba un tantico el rebocillo de su manto de seda negra, y tenía para cada uno de sus adoradores miradas rápidas, pero de fuego. ¡La niña no sabía mirar de otra manera!

Por las noches, si alumbraba la luna, pues entonces no había más faroles que los de las santas imágenes que la piedad de los vecinos alimentaba en algunas calles, y es fama que en la de la Montera no existía ninguna, por las noches, repetimos, y bañados por los rayos de nuestro satélite, rondaban la puerta de la bella dama cien galanes sin ventura.

Mirábanse los unos a los otros; retorcían el mostacho a la Borgoñona que todo el que tenía pelos en la cara usaba entonces, y tropezándose al pasar, buscaban de esta o de otra manera un motivo para hacerse una sangría de más o menos consideración.

Los poetas o los que presumían de tales, puestos los ojos en blanco, la capa echada a la espalda y arañando en una vihuela, laúd, tiorba o bandurria, desahogaban su amoroso afán en canciones capaces de ablandar no digo a una Montera pero sí a cierta estatua con formas de mujer que se alzaba entonces en el centro de la mal llamada puerta del Sol, y que se conocía con el nombre de Mari-Blanca.

La dama se hacía sorda a estas demostraciones, y sus celosías permanecían cruelmente cerradas; cantaban los trovadores; los gatos que se disputaban aquella gata (perdónesenos la comparación) sacaban las uñas, o llámense espadas si gustáis, y zis, zás, estocada tras estocada, no tardaba en oírse un: «¡Dios me socorra!» y cataplúm; ¡hombre a tierra!

Sobrevenía entonces la ronda de un señor alcalde de casa y corte con sus alguaciles y arqueros de la villa, y tropezaba con un muerto, no dándose nunca el caso de que el vivo, o sea el matador, fuese capturado.

En algunas noches oscuras, sucedía que al acudir la ronda al rumor de una pendencia, hacían causa común los galanes y arremetían con sin igual furor a los pobres golillas, administrándoles tales palizas que no tardaban en huir como cuervos a la desbandada, pidiendo favor y ayuda.

Y entretanto la señora Montera, Dios sabe si en dulces y suaves coloquios, estaría burlándose de sus amadores en compañía de su muy amado marido, o si para cada uno de sus suspiros tendría un ronquido más o menos armonioso.

Cuando, después de una noche de serenatas y estocadas, la justicia recogía, al amanecer, un cadáver en aquella calle de trágicas aventuras, nuestra buena Montera, tan fresca y tan bella siempre como una flor de primavera, entraba a oír misa en San Luis, sin dar la más pequeña muestra de arrepentimiento por sus culpables coqueterías.

He aquí, lectores amables, por qué la linda calle que da nombre a este artículo se llama la calle de la Montera.

Respecto al comercio que entonces existía en ella, estaba reducido a unos miserables tenduchos en los cuales se vendía pan. Tales establecimientos llegaban desde un extremo de la calle hasta la iglesia de San Luis, y a fin de que no hurtasen el pan tenía a la entrada unas fuertes mallas de cuerda sujetas a un marco. Por eso aún en el día es conocido aquel sitio con el nombre de Red de San Luis.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

